

16 La voz, nº., do., 24-12-78

(CRITICA)

RCD3711

2145

Los veteranos del 70: esa obstinada y cruel necesidad de vivir

1959

ANTONIO OSTORNOL

Carlos Olivárez (constructor de esta antología literaria de la nostaljía), que llamo *Los veteranos del 70*, (Editorial Melquilema, 1988), comentaba que lo único que le había sorprendido —y alertado al mismo tiempo— fue la queja de Antonio Skármeta, porque el libro adjudicó el adjetivo de "veterano" a quienes, bajo ningún aspecto, dictan encrucijadas.

Sin embargo, la sorpresa y el asombro tienen su explicación, ya que al leer este libro, inevitablemente la lectura se va cambiando con el alir de lo ido, de lo nostálgico, como estas tardes solitarias en que algún chileno chileno —de esos que tienen “de treinta para arriba”— se instala a oír la cuidada colección de Los Beatles, fluctuando entre la tristeza, la ternura y la rabia de que todavía sienten Yesterday y Let it be, y la certeza de que ya nunca más terrenas compuestas.

En este punto, entonces, el calificativo de "veterano" tiene su explicación, su lógica, su fuerza de convicción. Porque hay un hecho evidente: esta generación (¡perdón, correcta su designación! ¡encamó!, propuso y realizó una acentadísima vida, que rebasa con creces las concretizaciones literarias. Son, dicho en otros términos, el signo de una historia que se truncó violentamente.

A veinte años de las revoluciones juveniles

del 68 (Méjico, Francia, Praga), esta antología aparece como un verdadero homenaje a la memoria de un tiempo chileno, que poco y cada cosa que envía a los espíritus movimientos y rebeliones de signo jocoso que removieron las canchas segundonas del mundo de entonces. Aquí, en nuestro país, los movimientos juveniles consagraron —y entre ellos los escritores— la era de las grandes utopías: revoluciones en libertad, o con espaldas y vino tinto, los proyectos más ideales y transformadores que nuestro país fue capaz de concebir, salió allí de toda ortodoxia y seguimiento de las viejas tradiciones culturales, clásicas o ideológicas.

Y si en relación a los grandes proyectos político-sociales, nuestro país fue constructor: de casillas, sus jóvenes de entonces —herederos legítimos del rock, del movimiento hippie, las pildoras autoconceptivas y los grandes viajes a la aventura— fueron consumidores del desvalimiento, de la desdicha, del entusiasmo y de la pérdida productiva de la solemneza y los respectos instituidos. En este sentido, son herederos de una tradición que comienza a deshacerse con mucha asturianización en la literatura chilena. Es su postura estética, está presente la colorosidad irrevocable de Nicomedio Parra, mezclándose con los ángeles, o la rebeldía e insolencia de un Neruda, frente a los tristes moratones o a los domadores del aire.

Esta generación que irrumpió en el ámbito literario de los años setenta, consumió la estética democrática de un lenguaje que se desprendió de todo artificio y se pone al servicio de la vida, como un inmenso reciprocípulo (pero no por tanto, poco selectivo) de los nuevos impulsos, hábitos y credencias que en estos años alloraban por todas partes en la vida social. Por ello, sus personajes aman en medio de los rayados políticos (Jefes), o las munkachitas epigonales que llevan sus amores platónicos hasta el límite exacto de los orgasmos, ofendidos como imposibilidad para sentarse (Dílano), o un muchacho, entre timido y armado, trata de conquistar una noche norteamericana que se revela en la roña platinada de todos los sueños (Bacca), o esos modestos jóvenes de clase media que



sueñan con ser grandes poetas y conquistar esas mujeres que, hasta entonces, fueron sólo patrimonio de la aristocracia (Domínguez, Olivárez). Pero, evidentemente, no son los jóvenes triunfadores de las películas norteamericanas de los años cincuenta. Suelen caer derrotados, es habitual que las rosas les salgan mal (Van al hotel panejero y no hacen el amor, pasan un fin de semana en Viña y se quedan sin dinero para volver, conquistan una chica y los padres se interponen); dicho de otro modo, tan poco se pretenden los aventureros victoriosos ni los vencedores por autorrealizos; son simplemente, seres humanos dispuestos siempre a buscar la experiencia positiva, a transformar la cotidianidad en una especie de himno al optimismo; en efecto, es cierto que nunca ganan del todo e, incluso en sus mejores momentos, se les oculta la nostalgia, la tristeza, el vacío, la tragedia; pero también es cierto, que nunca pierden del todo, que la derrota (en su sentido total y absoluto) no existe en su literatura.

La poesía que contiene esta antología (aporte importante, ya que demuestra que la generación del 70 es más que sus narradores —los más apreciados como fenómeno

generacional—) ratifica la presencia de estos signos vitales, expansivos y transformadores, que la narrativa ofrece.

Henrío Miranda escribe: "No es la Humanidad en su lo que se ha reunido aquí en la Sala de Sesiones." Más todos los problemas de la Tierra es posible que tenga su lugar en la Tabla del Día de hoy". Estos versos parecerían constituir una suerte de emblema para esta generación. Todo, absolutamente todo, puede entrar en el ámbito de sus trabajos poéticos: la historia grande y chica; el amor y el desengaño, el sexo de todos materia, la hipocresía y la verdad, la política matra, con su patán y sus hijos circunspontes; el idioma, los lenguajes múltiples y cambiantes, el insulto y el lugar común, la interjección, una lequeyada o un latínismo. Estos autores —y esta antología— son ostornianos, como sus propuestas políticas, como sus impulsos de vida.

Los textos revisados por Olivárez pertenecen a los años setenta y giran en sus proximidades. Sin embargo, al leer diversos autores (algunos muy conocidos, otros no tanto), el ejercicio de comparación va develando una intuición bastante terrible: la crudidad, esa enorme capacidad de abandono al dolor ajeno, se perfila como subtítulo de varios relatos y poemas. Una percepción aterrador, esa brutalidad de la existencia, históricamente se hizo presente casi en los máximos momentos en que esta generación consagraba sus mejores producciones. Y, en ese sentido, todo lo que existió antes de los caídos, las penas y las muertes de esta generación (y de sus libros), queda circunscrito a una veterana ineluctable, de la cual sólo puede rescatarse un acto de fe: como dice Olivárez en el Trílogo de ayer en adelante: "ninguno de los que están —y los que no— ha seguido en sus fisiones. Tenemos claro que los sueños terminan. Sin embargo, también sabemos que es necesario estar muy despertados para recordarlos y tener fuerzas para auparse en los que vienen".

Estos veteranos del setenta, creo, han sabido dar testimonio de lo que, posiblemente, se constituya en su gran aporte a la literatura: esa obstinada y cruel necesidad de vivir, y escribir la vida. □

Los veteranos del 70, esa obstinada y cruel necesidad de vivir [artículo] Antonio Ostornol.

Libros y documentos

AUTORÍA

Ostornol A., Antonio, 1954-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los veteranos del 70, esa obstinada y cruel necesidad de vivir [artículo] Antonio Ostornol. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)